

ESTE TEXTO FUE ESCRITO PARA EL LIBRO EN PREPARACION TITULADO
LA VUELTA A LA MANZANA

ESTO ES LO QUE DICEN SUS EDITORES: Álvaro Suescún, Eduardo Márceles y
Aníbal Tobón

*Para sacar a pasear los
recuerdos y las palabras*

Con este proyecto se pretende triangular la ciudad para contar la historia de Barranquilla desde sus protagonistas cotidianos, los personajes que se destacaron por sus proezas singulares que los convirtieron en nuestros héroes de barriada, también la toponimia de sus calles, anecdotarios y recuerdos arquitectónicos.

Cada ciudad está conformada por células urbanas conformadas, inicialmente, por una casa, luego otra, de cuyas uniones nacen las cuadras y de la suma de las cuatro adyacentes surgen las manzanas. Así se da inicio a la conformación de un sector o barrio de la ciudad, del surgimiento de nuevos barrios se conforma un pueblo, y luego una ciudad.

LA MANZANA De Mónica Gontovnik

Carrera 49C, Calle 79, esquina.

Esa fue mi casa desde que nací hasta salir a casarme, como era debido, con mi novio del colegio, a los casi veintiún años. Las fotos del matrimonio se tomaron en la puerta de la casa, que pensándolo bien ahora, parecía un escenario. Muchas de las cosas que hice en esa casa perduran, en cierto modo, transformadas en mi trabajo artístico actual. Al frente de la casa, había una terracita abierta que daba a la puerta principal, a la cual se subía por medio de unos cuanto escalones. Se formó así un sitio arquitectónico desde donde se podía observar todo lo que sucedía en la cuadra y donde igualmente se escenificaban muchas escenas que toda la cuadra podía ver. Como la toma de fotos antes de salir para mi matrimonio, claro. Mi mundo, sin embargo, estaba muy bien protegido tras aquellas puertas y ventanas de un espacio grande y acogedor que podría ser un campo de batallas fraternas o un refugio para leer, escuchar la música que mi papá compraba y aprender a escribir.

Pero la vida de la cuadra, afuera, era bien agitada, aunque no en el sentido en que ahora lo es. La cuadra de antes era un espacio de vivienda y de acontecimientos cotidianos. La cuadra de ahora es uno de los muchos sitios donde el escándalo sucede en Barranquilla. Y no hablo de los escándalos de antes: la señora a quien le pegó el marido y vino corriendo por las mismas escaleras a tocar la puerta, mientras mi madre nos escondía lo sucedido; los gritos del vendedor de lotería; las charlas a distancia entre muchachas de servicio que regaban el antejardín a la misma hora, cuando ya bajaba el sol y aprovechaban para ponerse al día, sin necesidad de celulares. Hablo del escándalo que producen parlantes llenos de una música que deforma los tímpanos. Hablo de buses que pitan uno tras el otro a pesar del semáforo regulador que se puso cuando ya la 79 se volvió céntrica. Hablo de filas de estaderos que botan a las aceras borrachos. Hablo de corronchera. Hablo de una cuadra que ahora es de puros negocios mal ubicados, donde mi maravilloso refugio es, desde hace años, una mueblería. Cuando mis padres se mudaron a esa cuadra, en 1952, recién casados, esa calle era el sitio mas alejado del centro donde sucedían todas las cosas importantes de la ciudad, por lo tanto, casi no había casas. Deduzco que mi abuelo alemán, dueño de un restaurante que armó como todos los inmigrantes, poco a poco, pudo al fin comprar su terrenito donde el mismo haría la casa que albergaría las casas de su hija recién casada y la propia. Opa, como le decíamos al abuelo, antes de poder traer a mi madre y a mi abuela en 1939, había trabajado como albañil y maestro de obra, con el famoso Carrera quien fue el benefactor de esa pequeña familia en peligro de extinción, moviendo sus influencias para conseguir la visa de las dos judías que se habían quedado atrás: mi abuela y mi pequeña madre.

Mi barrio se fue formando rápidamente, porque entre los cincuenta y setenta, durante veinte años, Barranquilla vivió una expansión importante de su clase media llena de hijos de inmigrantes que formaban familias nuevas de barranquilleros como yo.

La casa de mis padres, por el patio se conectaba con la de los abuelos, cosa que favorecía los escapes tanto de peleas entre hermanos, como de castigos de los padres. Para huir solo había que pasar corriendo de un patio a otro, sorteando todos los monstruos y peligros que acechaban en el trayecto, sobre todo si era de noche.

Las noches más difíciles que recuerdo haber pasado en mi niñez, fueron los meses, cuando recién nacida mi hermanita menor, mi padre ya pudo pagar la segunda planta de la casa, y para construir nos mudamos en una casa diagonal a la nuestra sobre la 49C. Fue en esa casa de transición, donde empecé a soñar con regularidad con un león enorme que me tomaba entre sus fauces, cosa que me hizo luego llorar, de allí en adelante, cada vez que empezaba una película de la Metro Goldwin-Mayer.

Fue esa cuadra también la que trajo la adicional maravilla de vivir toda una infancia: primaria y bachillerato incluidos, con todos los primos y los otros abuelos a unos cuantos pasos.

La hermana de mi padre, Elena, casada con Abraham, llenó su casita con cuatro varones, mis primos Minski, solo cuatro casas mas arriba en la 49C. Mis abuelos polacos tenían su casa en la la 47 con 79. El hermano de mi padre, Israel, unas tres casa mas arriba, en la 47 misma, crió a sus tres hijos, junto con su esposa Esther.

Diez primos circulaban dando la vuelta a la manzana a diario para visitarse, hacer tareas juntos, jugar o...pelear. Las vueltas a la manzana mas famosas entre los primos, sin embargo, eran las de mi prima Fanny, quien prácticamente fue como una hermana por tener la misma edad que yo y hacer casi todo juntas: durante muchos años, no había semana en la que Fanny no saliera corriendo de su casa, con el padre persiguiéndola, de la 47 a la 49 c con esquina, por toda la 79, para meterse en la casa de nosotros y así evitar el castigo que su padre le quería dar por su bocota contestona a la hora de las comidas.

La cuadra también era un escenario, era ese espacio donde todos los vecinos sabían quienes eran los otros. Yo no me enteraba de mucho por lo de mi tendencia a la introspección, y porque prefería estar leyendo o jugando a las muñecas, pero me enteraba de todo gracias a Maria, nuestra muchacha de servicio. Solo lamento no tenerla ahora para que me sirva de memoria cuando yo solo recuerdo generalidades. Generalidades como la de una sensación de bienestar.

Cuando veo fotos de esa época, tomadas a la familia por mi padre, entre los cincuenta y setenta, puedo maravillarme ante los andenes limpios, la grama verde, la calle limpia y la falta de rejas o parqueaderos. La manzana se intuye amplia y acogedora, salpicada de recuerdos que me dicen de donde saco ideas para los performance que hago cuatro décadas después: mi hermano y yo tomando la terracita de la entrada, para escenificar una venta e intercambio de paquitos* agarrados con ganchos de ropa a unas cuerdas.

Podíamos pasar tardes enteras en ese plan, logrando conectarnos con los demás habitantes de la manzana que pasaban por ahí, sonriendo ante nuestro ingenuo negocio. Las muchachas del servicio eran nuestras cómplices cuando también pasaban a comprarnos champús y diversos líquidos para lavar que inventábamos, cual químicos precoces, de los mismos diversos jabones que encontrábamos en la cocina y los baños de la casa.

Pero la manzana aparece en mi recuerdo como tragedia cuando un día escucho una explosión violenta que ahora se me antoja premonitoria de lo que le iba a pasar a mi país de Mónica en el país de las maravillas. En la misma 49C pero con 76, antes de existir supermercado alguno, en una casa, se oye un ruido aterrador. En pánico, toda la cuadra se entera de la muerte de cuatro hermanos al estallar una granada con la jugaban en su patio, inocentemente los Verano.

A partir de entonces, el mundo cambia en mi imaginación, y los chicos de la manzana se convierten en lobos depredadores cada vez que mi prima y yo caminamos solas a la casa de la otra. No es que me hayan hecho nada, pero la violencia de sus miradas, silbidos y piropos cada vez que uno pasaba cerca de la Cuchilla o de la Tres de Mayo, tiendas de la manzana que aún perduran en medio del caos vehicular, hizo que renunciara a la calle y a caminar a las casas de mis primos.

Perdí mi espacio. Perdí la poca calle que tenía. Se perdió la mitad del encanto de mi cuadra junto con mi adolescencia. La lenta y apropiación de mi ciudad por parte de una nueva clase emergente que ya no lo era, como mis padres y la gente que yo conocía, a partir del arduo trabajo diario, sino de lo que llamamos bonanza marimbera.

Se pobló mi ciudad y mi país de miedos y mis sueños ya no estaban poblados por enormes y rugientes leones. A partir de la pérdida de mi libertad gracias a la adolescencia, mis sueños dos décadas después, repetían otro sueño que ahora se me antoja una lógica sucesión del de los leones:

Estoy en casa, la casa de la 79 con 49C esquina, aunque ya he empezado a vivir en muchas casas más, de acuerdo con las circunstancias que se han ido dando en mi vida. Pero me encuentro en una habitación de esa precisa casa. Sola. Tranquila. De repente siento una respiración peligrosa. Salto y comienzo a cerrar puertas, ventanas, todo. Las cabezas de perros jadeantes se asoman y tratan de entrar. No los puedo dejar. Me despierto sudando antes de que alguno de esos perros entre.

Ya no conozco la idea de manzana. No creo nada en mis vecinos. Prefiero no saber mucho y que me dejen tranquila. Me he mudado en treinta años al menos siete veces de cuadra. Prefiero la denominación de nómada para que no me fijen a ninguna parte y permitirme ser ciudadana del mundo. Solo quedarán fijas una casa y una cuadra donde la idea de manzana se perdió junto con la certeza de que el cuento de Eva en el paraíso se parecía más a un barrio barranquillero lleno de carretilleros** que a la maravillosa palabra de Porvenir, con la que si no estoy mal, habían bautizado a mi barrio.



Frente a la casa de Mónica.



En el patio de la casa Mónica y su hermano.



Casa de Mónica Cra. 49C con 79



Mónica.



Padre e hija en hamaca.

* Revistas de la época o comics.

** Palabra barranquillera para denotar a los mentirosos.